

Michael D. Gordin. The pseudoscience wars. Immanuel Velikovsky and the birth of the modern fringe. Chicago and London: University of Chicago Press; 2012, 291 p. ISBN-13: 978-0-226-30442-7, € 21,25.

The pseudoscience wars tiene dos propósitos: por un lado, intenta rescatar la figura del psicoanalista ruso-judío Immanuel Velikovsky (1895-1979) y sus controvertidas teorías, tachadas de pseudocientíficas; por otro lado, utiliza el caso de Velikovsky para discutir los procesos científico-sociales de demarcación científica. En este sentido, el libro de Michael D. Gordin, historiador de la ciencia de la Princeton University, se enmarca dentro de los estudios sociológicos del «boundary-work» y el problema filosófico de la demarcación.

El título hace referencia a las llamadas «science wars» de mediados de los 90, en donde se intentó desacreditar los estudios humanísticos de la ciencia que cuestionaban su objetividad. Dividido en seis capítulos, *The pseudoscience wars* ofrece una estructura clara y efectiva respecto a sus objetivos. El lector queda rápidamente fascinado por el caso de Velikovsky, hilo conductor del libro. Como expone Gordin en los dos primeros capítulos, la obra de Velikovsky *Worlds in collision* (1950) generó una gran controversia en la comunidad científica de Estados Unidos, país al que había emigrado en 1939. En *Worlds in collision*, Velikovsky exponía sus conclusiones tras décadas de investigación analizando los mitos de la antigüedad, especialmente los relativos a las catástrofes relatadas en la Biblia hebrea. En su opinión, dichas catástrofes ocurrieron en realidad y fueron causadas por agentes extraterrestres, los cuales llegó a identificar.

La explicación de Velikovsky fue tan increíble como controvertida: alrededor del 1500 A. C., cuando Moisés guiaba al pueblo judío desde Egipto, un gran cometa fue expulsado por Júpiter con dirección hacia la Tierra. Al quedar atrapado en su campo gravitacional provocó la inclinación del eje terrestre, así como una lluvia de meteoritos sobre la población. Tras décadas de interacción inestable, el cometa halló su propia órbita alrededor del Sol convirtiéndose, según Velikovsky, en el planeta Venus. Mediante argumentos psicoanalíticos, Velikovsky adujo que la humanidad había sublimado el trauma causado por la casi colisión con Venus, la cual estuvo a punto de llevar a la especie humana a la extinción. En su opinión, la ira que su teoría despertaba en algunos científicos podía explicarse por la amnesia derivada de la represión del trauma. Por último, cabe señalar que, según Gordin, la intención de Velikovsky no era la de desarrollar una ciencia alternativa del sistema solar, sino la de reescribir la historia del antiguo Cercano Oriente y resolver las discordancias respecto a la historia de los judíos.

La controversia sobre la publicación de *Worlds in collision* sirve a Gordin para analizar las estrategias de demarcación, usadas por científicos y académicos norteamericanos en los años 50, para tachar la obra de Velikovsky de pseudocientífica. Como se expone en la introducción, «pseudociencia» es un término de abuso, un epíteto con el que desacreditar ciertas doctrinas. Según se argumenta, dicha noción se ha construido alrededor de la idea de la mimesis: para los científicos ortodoxos, la pseudociencia es aquello que imita a la ciencia sin serlo realmente. Según Gordin, no hay nada que unifique las pseudociencias excepto el hecho de que científicos de varias disciplinas hayan decidido condenarlas al ostracismo. En este sentido, insiste en la necesidad de examinar la historia de los debates sobre la pseudociencia para comprender qué se entiende por «ciencia». Esta clase de planteamiento resulta muy acertado, pues permite analizar el caso de Velikovsky dentro de un marco histórico más amplio. Someter las categorías «ciencia» y «pseudociencia» a un análisis historiográfico permite relacionarlas con los procesos político-sociales gobernantes. Uno de los aciertos de *The pseudoscience wars* es que nos muestra cómo, en un momento determinado, los científicos entendieron su estatus, sus posicionamientos ideológicos y el futuro de sus disciplinas dentro de la sociedad.

Este tipo de análisis es el dominante en los capítulos tercero y cuarto. En el primero de ambos, Gordin expone la lucha de los genetistas norteamericanos contra el Lysenkoísmo o Michurinismo en los años 40. Dicha teoría representa una visión marxista de la genética basada en la noción de Lamarck sobre la herencia de los caracteres adquiridos. El cuarto capítulo trata del renacimiento científico de la eugenesia en Estados Unidos en la década de los 60. A este renacimiento también aspiraron las teorías de Velikovsky, aunque, a diferencia de las eugenésicas, fracasaron en el intento.

Según argumenta Gordin, la controversia con el Lysenkoísmo dotó a la comunidad científica norteamericana de herramientas para luchar contra Velikovsky. Como en el caso de Lysenko, una de las principales estrategias fue la de insistir en que el ataque respondía a cuestiones científicas y no ideológicas. Sin embargo, el excelente uso de las fuentes primarias llevado a cabo por Gordin, permite comprobar las verdaderas intenciones de los científicos y académicos a la hora de tachar las teorías de Lysenko y Velikovsky de pseudocientíficas. Dichas motivaciones no estaban exentas de una carga ideológica alejada de la supuesta objetividad y neutralidad del conocimiento científico. Como se argumenta en las conclusiones, la ciencia ortodoxa, entendida como una forma de autoridad, necesita de la demarcación científica para definirse en contraposición a aquello que se tacha de pseudociencia. Por ello Gordin postula que si queremos tener

una ciencia, tenemos que aceptar que siempre habrá doctrinas excluidas que luchen por su aceptación. El proceso de demarcación científica es irremediable, ya que la ciencia se basa, en parte, en la exclusión de otros dominios. La existencia de la pseudociencia deviene así inevitable, por lo que combatirla se vuelve problemático.

Para Gordin, el caso de Velikovsky ejemplifica cómo los intentos de demonizar una doctrina a veces la vuelven más popular. Así nos lo muestra en los dos últimos capítulos donde relata cómo, tanto creacionistas como participantes del movimiento contracultural norteamericano de los 60, terminaron por defender *Worlds in collision*. Sin embargo, la verdadera aspiración de Velikovsky fue la de formar parte de la ciencia ortodoxa. Gordin identifica correctamente las estrategias que siguió, las cuales son aplicables a cualquier disciplina que busque el reconocimiento científico en general. De todos modos, lo más interesante de estos últimos capítulos vuelve a ser su planteamiento. Según Gordin, cuando no es posible ganar legitimidad en la ciencia oficial, mantener la autoridad dentro del propio campo resulta vital. Así lo hizo Velikovsky al verse asociado con el creacionismo: en un intento de mantener su propia ortodoxia intacta, aplicó las mismas estrategias de demarcación que se habían usado contra sus teorías. En este sentido, Gordin consigue construir una historia que se dobla sobre sí misma: los procesos de demarcación científica se dan, por los mismos motivos, en aquellos campos que ya han sido considerados como pseudociencia. Si Velikovsky era demasiado pseudocientífico para la ciencia del momento, el creacionismo también lo era para Velikovsky.

The pseudoscience wars mantiene su calidad de principio a fin. Gordin hace un uso excepcional de las fuentes primarias, las cuales incluyen cartas y manuscritos inéditos pertenecientes al archivo personal de Velikovsky, el cual fue adquirido en 2005 por la Princeton University Library. Por otro lado, Gordin identifica perfectamente las cuestiones que, en relación al problema de la demarcación científica, ofrece el caso de Velikovsky. En este sentido, es capaz de situarlo correctamente en el amplio e inconcluso debate que contrapone la ciencia y la pseudociencia. Mediante un enfoque historiográfico acertado, analiza dichas categorías sin abusar de las generalizaciones. Si bien el caso Velikovsky representa una microhistoria, el problema de la demarcación se halla insertado en un marco macrohistórico que no se abandona en todo el libro. Cada argumento general está acompañado de un ejemplo esclarecedor, por lo que los niveles micro y macrohistórico no se ven resentidos.

Como historiador, Gordin dice estar más interesado en cómo ciertas personas y grupos usaron los términos «ciencia» y «pseudociencia» para perseguir sus

fines, que no en juzgar si estas etiquetas fueron usadas «correctamente» según los estándares de la época. En este sentido, aunque *The pseudoscience wars* ofrece una aproximación historiográfica al problema de la demarcación científica, no propone ningún criterio de demarcación. Sin querer entrar de lleno en el debate filosófico, Gordin plantea que quienes pretendan resolver esta cuestión deberían, quizás, empezar por fijarse en cómo la comunidad científica decide qué es ciencia y qué no. Esta clase de análisis cumple con las aspiraciones historiográficas de Gordin, pero difícilmente resuelve el problema filosófico de la demarcación —problema que no busca solucionar *The pseudosciences wars*—, básicamente porque no le ve solución: mientras exista la ciencia existirá la pseudociencia derivada de los procesos de demarcación. Por este motivo, *The pseudoscience wars* cumple con los objetivos que se ha propuesto e invita a indagar en estas *guerras* antes que a buscar un criterio que, idealmente, termine con ellas. ■

Andrea Graus Ferrer

Universitat Autònoma de Barcelona

Luis Montiel. El rizoma oculto de la psicología profunda. Gustav Meyrink y Carl Gustav Jung. Madrid: Frenia; 2012, 299 p. ISBN: 978-84-695-3540-0. No venal.

En este trabajo sobre Gustav Meyrink (1868-1932) Montiel analiza las similitudes visibles entre este autor —a través de las vicisitudes de la vida psíquica de los personajes de sus cuentos y novelas— y la psicología analítica de C.G. Jung. Precisamente, uno de los objetivos de este libro es postular el valor de prueba que estas narraciones poseen respecto de la compleja construcción doctrinal de Jung, aunque sea en sede literaria y a través de las vivencias de seres de ficción.

El hilo conductor de la obra de Meyrink parece ser una implacable búsqueda —que llegó a comprometer su salud psíquica, por momentos— de esa «esencia foránea o naturaleza de trasfondo» que parece mover a los personajes de sus cuentos y novelas, y que dislocan de manera formidable el yo que tanto enorgullece a la subjetividad surgida con la modernidad. Pero no para aniquilarlo por completo, sino para dejar lugar a otro yo, íntimo, amplificado y en cierto modo trascendente, que debería estar en equilibrio con el yo inmediatamente consciente.